

Mario Osses

Noticiario

«CUANDO ERA MUCHACHO», de *José Santos González Vera*. Nascimento, 1951

En el siglo pasado se hizo a nuestra literatura un reproche trascendental: falta de imaginación.

Eran tiempos de frondosidad retórica, y los vates seguían las aguas de autores que ahora parecen inconcebibles si nuestras humanidades no se compadecieran de ellos para viciar en agraz el gusto de los educandos.

Es cierto que en el siglo XIX la poesía no existe. Y en cuanto a otros géneros, mejor despreocuparse. Lo no verdadero y ni siquiera verosímil, es haber inventado aquello de que la imaginación en sentido usual es la rectora de las artes literarias; y lo que ya frisa en la demasía, fué adelantar que Chile no era tierra fértil para el cultivo de éstas.

Nadie duda que la capacidad de reviviscencia es fundamental. Pero hay otra virtud, otra fuerza sin la que es imposible exista literatura en la acepción digna del vocablo. Esta virtud es el criterio, el gusto, la poda.

«Hay que podar el árbol frondoso de la literatura castellana» se lee en un clásico de hoy, restringiendo a un pueblo lo que Boileau había predicado con pretensión universal: «Quien no sabe limitarse, no sabe escribir». El arte es cuestión estricta de límites. Algunas vez hemos recordado algo simplísimo, que no tenemos escrúpulo en atraer una vez más, porque son precisamente los asuntos de orden casero, las cuestiones de orden leve las que escapan a las mentalidades que se han constituido en atalayas de las ideas remotas, de los vuelos altos.

Muy simple: todo muere por exceso de sí mismo. A la Literatura, la mata precisamente la Literatura. Una escuela que sentó profesión exacta del fenómeno literario, ha sido el «Simbolismo». Pues en efecto, a la manera de los procesos oníricos subconscientes, al estilo del soñar y el ensoñar en que se trazan correspondencias, tripuladas de sentido profundo, la literatura no es más que un símbolo del acaecer humano, un suplente de la vida con la que no puede competir jamás, ni en peso ni en energía ni en nada de lo que provoca preñez de belleza.

Por eso la literatura literaria es detestable. De ahí el fracaso de la flatulencia romántica. Ningún viviente pensará que en la vida esté mal el romanticismo, Lo hemos padecido todos, de hecho lo usamos en dosis congruas como a la sal. Pero el sentimentalismo que se sale de madre repugna al criterio hasta de los profanos. Francamente postizo y risible, es una caricatura: al teatro lo hace teatral; al lirismo, lírico; a la novela, novelesca. Por eso mata al teatro, mata a la poesía, mata a la novela.

La literatura es esencialmente asunto de criterio. Se predica que un autor es clásico, de casta, cuan-

do tiene sabiduría de los límites, cuando no «se pasa de la raya», cuando poda, desbasta, escoge, y se erige en el primero y más cabal de sus críticos. En esta empresa dura, es mucho ya haber intentado.

El clásico no pasa de moda porque se castigó en defensa de su naturalidad, de su consecuencia, de su unidad literaria. ¿Cómo lo consigue? La receta fué dada hace muchos siglos por el preceptista, pero no es fácil de cumplir, porque presupone conocimiento difícilísimo, cual el de sí propio. Se trata sólo de no proponerse lo que supera a nuestras fuerzas. ¿No termina de verse que la clave es nuevamente el criterio?

González Vera representa en la prosa chilena un caso ejemplar de equilibrio.

No es propiamente novelista ni cuentista. Es narrador. Escribe relatos, en que la imaginación—como se la concibe a la arcaica—está ausente.

Si nos preguntaran por correspondencias extrañas, señalaríamos sin vacilar en nuestro idioma a Pío Baroja, y en el ruso, a Gorki.

Entra a la literatura con «Vidas mínimas», libro pequeño, no apto para ejercitar los brazos—diría Gracián—sino el intelecto.

En este conjunto de relatos discontinuos, sincopados, más o menos heterogéneos, se columbra simpatía adversa o antipatía del autor por las situaciones y los personajes promovidos.

Las acciones son múltiples y rápidas, y se enciman por lo común en las piezas de un conventillo metropolitano.

No hay aquí la voluptuosidad con que el novelista se solaza. Se presenta sólo por un protagonista que es en realidad un ser que mira, un ser que espera

y avalúa. De sus valoraciones no salen los héroes muy bien parados: todos dejan algo que desear, hombres y mujeres, perros y jóvenes, viejos y viejas. No se libra nadie. Digo mal: se libra el autor, que es el protagonista de que venimos hablando. Libérase porque—manifiesta o subyacentemente—desprecia hondo a los pobres diablos que le rodean. Estos parecen corresponder.

No es difícil evocar al hilo de la lectura de estas páginas «Las Pobres Gentes» de Dostoiewski o «Las Gentes Extrañas» de Gorki, todas vidas mínimas, pululaciones microbianas con destinos inciertos y magullados. Y sobre todo no es difícil dar con la estirpe escéptica, y más que escéptica nihilista del autor, hombre que ni se rebela contra los vicios, ni predica virtudes, ser que se mantiene en el clima frío del análisis hasta donde es posible, y que sólo descubre su aversión al micro-mundo en que se debate por epítetos violentos que empañan la cortesía del habla. Es común el dicitario baroniano de «tipo», que sustituye a «individuo» o «persona». Con este vocablo se itera el desdén, se repite el desprecio y el despego hacia estas Vidas Mínimas, estas vidas que tienen como cosa grande su insignificancia.

Luego viene «Alhué», puñado de breves estampas de pueblo chico, a la manera de las impresiones castellanas de Azorín, con la precisión, energía y limpieza secas de Pío Baroja, a menudo; y hasta con más propiedad casticista que el maestro, si bien con repertorio vivencial infinitamente más restringido.

Y ahora tenemos la copiosa compilación de artículos y relaciones con la denominación de «Cuando era muchacho». Este libro afianza las características de

su obra anterior, y a pesar de la multiplicidad heteróclita de los fragmentos literarios que lo componen, quedan en pie una actitud, una consecución y un estilo apreciables.

Aquí hay retratos, cosas y casos pintorescos, reflexiones y meditaciones morales y políticas, estampas y croquis de lirismo atenuado, crónicas estudiantiles, etc., etc., de todo lo cual fluye—como de «Alhué» y de «Vidas Mínimas»—una valoración final rica en ironía y escepticismo, como la tuvo el padre de «Las Opiniones de Jerónimo Coignard».

Considerada estilísticamente, la obra de González Vera significa en esencia actitud antirretórica, para lo que llega a veces a alinear con tanto equilibrio las sentencias dentro de la cláusula como los panecillos de azúcar ordenanse en el cajón. Procura, entonces, sabor de sobriedad antigua, maciza, fuerte, romana, próximo al que nos dejan los períodos hacheados de Julio César.

Estas calidades no empecen a la movilidad, ni a la distinción, riqueza y fulgor de giros castizos y sugerentes.

Pocos adjetivos y superlativos, casi nunca, porque ha hecho de la atenuación o litotes dieta sustancial.

Obliterados la delectación morosa, el énfasis subjetivo, se deslizan los hechos con celeridad fílmica, sin embargo de no ser aptos para la pantalla: las situaciones, las actitudes, los tipos, todo es rápido, sucesivo, descarnado. La acción se entreteje con hilos múltiples, de grosor y color varios, como acostumbran a hacerlo los relatistas de la estirpe de Panait Istrati, por ejemplo. Pero como el todo es cualitativamente más que la suma de las partes, de ese amontonamiento surge el vaho de una respiración de volumen

peculiar, nace una atmósfera definida, lo mismo que el perfil del molde.

Así es la serie de reminiscencias en «Cuando yo era muchacho». Brochazos, impresiones, manchas; austeros, ceñidos, finos. Y aun breves, cortantes, alimentados por un punto de vista—el de González Vera—manera de ver más o menos arbitraria, con mucho de infante por lo desasida, simple y aérea, y con mucho de madurez por su logro expresivo de racional ejecutoria.

No escribe ni desde dentro ni desde abajo, sino desde arriba. Se le siente discurrir apenas entre sus esquemas de personajes, como animador de sus vidas menguadas, sus «vidas mínimas».

La imaginación de nuestro autor es del género intuitivo, finca en la objetividad con desusual rigorismo lógico: ello lo convierte en empresario de relatos sincopados y multiformes. Ensayemos el examen somerísimo de uno que no excede a las diez páginas por que se aprecie el apretujamiento de las intuiciones primarias.

Pues en tan exiguo espacio lo hay para los asuntos más dispares: Comienzan con reflexiones sobre el paso del tren por los pueblos chicos, lo que provoca una asociación por contigüidad y el recuerdo sucedáneo de un desventurado muerto en la ferrovía, a quien los vecinos le crean el culto de la animita, le hacen mandas, le roban las velas, etc., etc. Sigue una descripción en que se quema a Judas, lo que da pábulo para referirse a la importación de frailes apócrifos traídos de España, y otros nacionales que levantan a las familias humildes de que suelen proceder. Continúa con las fiestas del Dieciocho de Septiembre, donde un tal Vuelapoco triunfa en la prueba

del palo ensebado. Se filia someramente al protagonista indicando que el sobrenombre de los tres hermanos deriva de que jamás se alejaron mucho del pueblo de que eran oriundos, y se describen algunas gracias del Vuelapoco principal, donaires ecuestres y eróticos. Se les pierde luego de vista. Y de súbito un terremoto y una muy buena persona, don Carmen, que presta pequeñas cantidades a los pueblerinos que lo han menester. A poco se relata la muerte del prestamista y los dispendios del hijo botarate, de «mala cabeza», cuyo dinero le hace dar con sus huesos precozmente en la sepultura.

Creemos haber sido verídicos en nuestras afirmaciones.

Constante preñez de sucesos, mínimos por lo común. Tantos y aún más que los puntos seguidos, administrados y con tan indisimulada largueza como para que superen casi en determinadas páginas al número de líneas que la componen.

Cuando se lee a González Vera se piensa en zonas inhóspitas, de climas acerados, viriles, hechos para la acción dura. Lo mismo que el adjetivo, la metáfora ha sido puesta en cuarentena. No obstante—como relatista que es—piensa en concreto, no hay en su obra digresiones especulativas, lo que no empece a una disposición franca para acuñar sentencias de paso en que se acusa el perfil de un eficiente psicólogo, de un conocedor que tiene por costumbre irse recto al fondo de las personalidades y de las cosas, sin manoseos, sin embobamientos liricoides.

No hay duda que todo esto es de profunda estirpe vasco-castellana, de lugares en que soplan vientos ásperos, en todo caso, salubres. Y hay que reconocerlo: frente a la disociación procurada por cofradías

literarias que hacen gala de excesos subconscientes o fantásticos, González Vera sienta doctrina de sobriedad. Y ello es chileno de buena cepa, pues no figuramos entre los más fanfarrones del Continente, virtud que debe remacharse y propagarse.

Todavía: nuestro autor es autodidacto. Desde pequeño exhibió aversión cálida por la enseñanza al uso, con sistemas más o menos rigurosos.

Ahora bien. Por lo común los autodidactos dan en la flor del resentimiento y del barroquismo de cuño bajo, toda vez que la ausencia de nociones responsables les hace reemplazar al tronco por la foliación, mientras el imposible acceso a ciertas regiones de la cultura los finge iconoclastas. Nuestro autor — en cambio — se halla no sólo absolutamente distante del barroquismo criollo, sino en la brecha opuesta; y no creemos tenga de resentido, pues él mismo admite la buena disposición de las gentes, para lo que puede inspirarse en evidencias claras,

Y hay algo curiosísimo.

En este «Cuando era muchacho» encuéntrase entre otros un sustantivo historial de la llamada (no sabemos por qué) «generación del año veinte», a cuyos pechos mamó González buena parte de la cultura refleja que está exornándolo. Pues bien, por esos avatares que son sarcasmos, que son latigazos con burla en la piel de los acontecimientos, tenemos que reconocer en tanto pujo trascendental y patriótico de los estudiantes enfervorizados, en tanta profesión de fe libertaria, cultural y democrática, un horaciano parto de montes, la eclosión de un fruto escéptico: el que madura en «Cuando era muchacho».

Porque al fin de cuentas, este libro en que desfilan personajes de la política, la vida humilde y la

literatura, suele en el fondo no ser demasiado favorable a los primeros ni a los últimos, si se exceptúa uno que otro nombre. La mayor parte de los protagonistas desempeñan papel similar al de los pobres diablos del conventillo metropolitano que discurren en el primer libro de González Vera: le son inferiores, se quedan a medio camino. El autor los saluda, les pasa la mano por los lomos sufridos, hasta puede acariciarlos; pero en el fondo los compadece por el ajetreo inmotivado y burdo a que se entregan, allende la contemplación expectadora en que él mismo finca.

De tal modo, parece que de una generación se salvara precisamente el ser marginal, aquel que se sentara en el camino con la ataraxia cierta, la imperturbabilidad segura de que verá pasar los cadáveres de sus enemigos... y de sus amigos... ¡Y aún les dirá el responso mediante el cual ha de recordársele!...